

LA COLECCIÓN LONGHI

Bajo el lema «Pasión por la pintura» se exhibieron de octubre de 1998 a enero de 1999 en la sala de exposiciones de la Fundación «La Caixa» en Madrid y de enero a febrero de 1999 en la sala de exposiciones Banco Herrero en Oviedo 86 pinturas italianas de los siglos XIV al XX, representando de esa manera a artistas desde Pacino di Bonaguida hasta Giorgio Morandi. Contando entre sí a pinturas famosísimas y curiosas como *Muchacho mordido por un lagarto* de Caravaggio (que se ha podido ver no hace mucho en la exposición de los Cinco Sentidos del Prado), *Santa Ágata curada por San Pedro* de Giulio Cesare Procaccini (que está pintado también por el reverso de la tabla) y los cinco apóstoles del todavía desconocido Maestro del Juicio de Salomón, la colección cobra interés no sólo por las obras singulares sino particularmente por el coleccionista que las ha reunido.

Más que una muestra representativa del arte italiano (lo que puede ser la exhibición para el aficionado) la colección invita (sobre todo a los interesados en la historiografía y metodología histórico-artística) a acercarse a Roberto Longhi, uno de los historiadores del arte más famosos y, al mismo tiempo, más polémicos, a través de comparar su gusto personal y privado con sus rigurosos escritos sobre arte. De estos escritos *Breve ma veridica storia della pittura italiana* —aunque excluido por el mismo Longhi de sus obras completas— ha recibido la mayor atención y fue traducido recientemente al español y al alemán entre otros idiomas. Los cuadros procedentes de la villa Il Tasso en Florencia —última residencia de Roberto Longhi y sede actual de la Fondazione Roberto Longhi presidida por Mina Gregori— permiten por lo tanto interpretar en el contexto visual que rodeaba al erudito el afán de objetividad científica y el elogio del «connoisseurship» que en los escritos de Longhi se descargan en una tendencia al formalismo.

El hecho de que en el catálogo correspondiente José Milicua —comisario de la exposición por cuya causa han sido limpiados cerca de la mitad de los cuadros— nos cuenta que al polémico Longhi —gran antagonista del recién desaparecido Federico Zeri y de muchos historiadores más— le hubiera gustado «escribir sobre las polémicas célebres habidas en la historia» pidiéndole a José Milicua que le «allegara material sobre las de los grandes escritores españoles del Siglo de Oro» (p. 17), debería llevarnos a los historiadores a hacernos una serie de preguntas a nosotros mismos. Una de ellas podría ser, si es falta de autoestima o un sentimiento de inferioridad (hacia los que mueven el capital y los que realmente cambian el rumbo de las cosas) que hace que los representantes de una profesión de las más privilegiadas del mundo y que en gran parte consiste en mirar e investigar en obras de arte, muchas veces dedicadas solamente a los ojos de soberanos, actúen con un «perfil navajero» (como lo ha llamado Vicente Molina Foix en su reseña de esta exposición: *El País*, 10-11-1998) a la hora de defender lo que ellos consideran «su» parcela de investigación. Consiste, por lo tanto, el raras veces conseguido mérito de esta exposición en ofrecernos la posibilidad de poder contemplar bellísimas obras de arte, y, al mismo tiempo, en hacernos reflexionar sobre nuestro propio comportamiento profesional.

FÉLIX SCHEFFLER